

Mar
1 Nov

Homilía de Todos los Santos

Año litúrgico 2010 - 2011 - (Ciclo A)

“La alabanza y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y el honor y el poder y la fuerza son de nuestro Dios, por los siglos de los siglos”

Introducción

La fiesta de Todos los Santos es la fiesta del triunfo de Cristo y de todos aquellos que se asocian íntima, amorosa y radicalmente a su obra salvadora. La “muchedumbre inmensa que nadie podría contar” grita cantando con voz potente la verdad profunda que da sentido a la vida cristiana: “¡La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono y del Cordero!” Hoy la liturgia nos propone meditar y alabar este gran misterio de la victoria de Dios a través de los miles de personas que a lo largo de los siglos lo han vivido en primera persona. Hoy celebramos a todos aquellos que han hecho transparente en su vida el mensaje redentor de Dios. Y lo que es más importante, hoy recordamos que todos estamos llamados a la santidad por ser hijos de Dios.



Fr. Alejandro López Ribao O.P.
Convento San Vicente Ferrer (Valencia)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Apocalipsis 7, 2-4. 9-14

Yo, Juan, vi a otro ángel que subía del oriente llevando el sello del Dios vivo. Gritó con voz potente a los cuatro ángeles encargados de dañar a la tierra y al mar diciéndoles: «No dañéis a la tierra ni al mar ni a los árboles hasta que sellemos en la frente a los siervos de nuestro Dios». Oí también el número de los sellados, ciento cuarenta y cuatro mil, de todas las tribus de Israel. Después de esto vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritan con voz potente: «¡La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!». Y todos los ángeles que estaban de pie alrededor del trono y de los ancianos y de los cuatro vivientes cayeron rostro a tierra ante el trono, y adoraron a Dios, diciendo: «Amén. La alabanza y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y el honor y el poder y la fuerza son de nuestro Dios, por los siglos de los siglos. Amén». Y uno de los ancianos me dijo: «Estos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quién es y de dónde han venido?». Yo le respondí: «Señor mío, tú lo sabrás». Él me respondió: «Estos son los que vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero».

Salmo

Salmo 23, 1-2. 3-4ab. 5-6 R/. Este es el grupo que viene a tu presencia, Señor

Del Señor es la tierra y cuanto la llena, el orbe y todos sus habitantes: él la fundó sobre los mares, él la afianzó sobre los ríos. R/. ¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sagro? El hombre de manos inocentes y puro corazón, que no confía en los ídolos. R/. Ese recibirá la bendición del Señor, le hará justicia el Dios de salvación. Este es el grupo que busca al Señor, que busca tu rostro, Dios de Jacob. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 3, 1-3

Queridos hermanos: Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no lo conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es. Todo el que tiene esta esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 5, 1-12a

En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; y, abriendo su boca, les enseñaba diciendo: «Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo».

Pautas para la homilía

El Evangelio que nos propone la liturgia son las Bienaventuranzas en su versión del evangelista Mateo. Estas nueve afirmaciones rotundas de Jesús se asemejan a una catedral medieval: son la fachada monumental y puerta de acceso al sermón de la montaña, enseñanza de la Ley nueva de Cristo que contiene en su corazón el Padre Nuestro; a su vez son los pilares que, a lo largo de la nave, nos van marcando las consignas vitales, nuestra deseable "forma de ser" que nos ayudan a caminar hacia Cristo que como luz nos espera en el crucero. Y para finalizar rodean el ábside, el lugar donde se encuentra el altar, para recordarnos que no son meros consejos ni mera literatura sino las propias actitudes que tuvo Cristo: Él mismo se hizo pobre de espíritu y materialmente para anunciar el Reino de Dios, Él mismo buscó el consuelo en Dios y Él mismo fue perseguido por causa de la justicia sin desfallecer en su misión. Las Bienaventuranzas, además, constituyen uno de los textos más sugerentes de todo el Nuevo Testamento y como tal siempre podemos seguir profundizando en su riqueza. Pero en todas las reflexiones sobre ellas no podemos olvidar la responsabilidad a la que nos llaman. Los Bienaventurados de los que hablan no son aquellos que no han tenido otra opción que ser sufridos, pobres o perseguidos sino aquellos que aceptan ser humildes y sufridos para trabajar por la paz y la verdadera justicia. Las Bienaventuranzas no son un consuelo espiritual sino una llamada a la responsabilidad cristiana. Cada una de ellas nos aproxima un poco más a Dios, porque cada una de ellas nos hace más semejantes a Cristo.

En esta fiesta también recordamos una de las grandes preguntas que acompañan al hombre desde que es hombre: la pregunta por el sentido de la vida. Para un cristiano la santidad es el sentido de su vida. Tras siglos de ser vivida así parece que últimamente se ha devaluado o simplemente ha dejado de ser algo significativo. Quizás sea porque muchas veces hemos presentado la santidad como algo etéreo o como algo que simplemente es la negación de nuestros deseos vitales, como algo reservado a un estado de vida o a unas personas casi "predeterminadas". Pero no podemos olvidar que la santidad cristiana es la vivencia desde la normalidad grandiosa y difícil del plan que Dios, desde el principio, pensó para el hombre. La santidad es difícil pero profundamente humana; es un camino largo pero no va en contra dirección de lo humano. Y lo que es más importante: es una llamada a todos los hombres. Por ello San Juan nos habla de una muchedumbre inmensa que nadie podría contar. La santidad por ello es la culminación del ser del hombre, el cual no deja de estar "inquieto" hasta que descansa en Dios.

Hoy también celebramos un misterio de comunión. Los santos no son aquellos que sólo están ya en la comunión perfecta con Dios, sino los que aún y de una manera especial, se encuentran en comunión con los hombres. Éste es uno de los significados que tiene la formula de nuestro credo al decir "la comunión de los santos". Tal y como señala el Concilio Vaticano II "La unión de los miembros de la Iglesia peregrina (es decir nosotros) con los hermanos que durmieron en la paz de Cristo de ninguna manera se interrumpe. Más aún, según la constante de la fe de la Iglesia, se refuerza con la comunión de los bienes espirituales" y es más: "por el hecho de que los del cielo están íntimamente más unidos con Cristo (...) no dejan de interceder por nosotros ante el Padre (...) Su solicitud fraterna ayuda, pues, mucho a nuestra debilidad" (LG 49). Por ello su comunión con Dios y su comunión con los hombres es una realidad que nos ha de ayudar a vivir, con firmeza su ejemplo. Para los que somos dominicos este pensamiento no puede dejar de recordarnos las palabras de Santo Domingo antes de morir: "No lloréis, os seré más útil después de mi muerte y os ayudaré más eficazmente que durante mi vida". La santa de Ávila también nos recuerda "pasaré mi cielo haciendo el bien sobre la tierra". Por todo ello los santos son parte de nuestra familia en la tierra que nos señalan el camino hacia Dios. Lo señalan y nos ayudan en él.

Pero hoy no podemos olvidarnos de dar gracias a Dios por todos aquellos santos anónimos que nos ha regalado a lo largo de nuestra vida. La Iglesia ha canonizado a muchos santos pero muchos otros no han tenido este proceso. Esto no es una falta ni un prejuicio hacia ella, sino una constatación de que sólo Dios es el que conoce y sonda lo más profundo del corazón del hombre. Muchos hombres antes y después de nosotros vivirán las Bienaventuranzas como el programa del sentido de su vida y entenderán que la santidad no es un estado estático no estético, sino una relación de amor con el único que es tres veces santo.

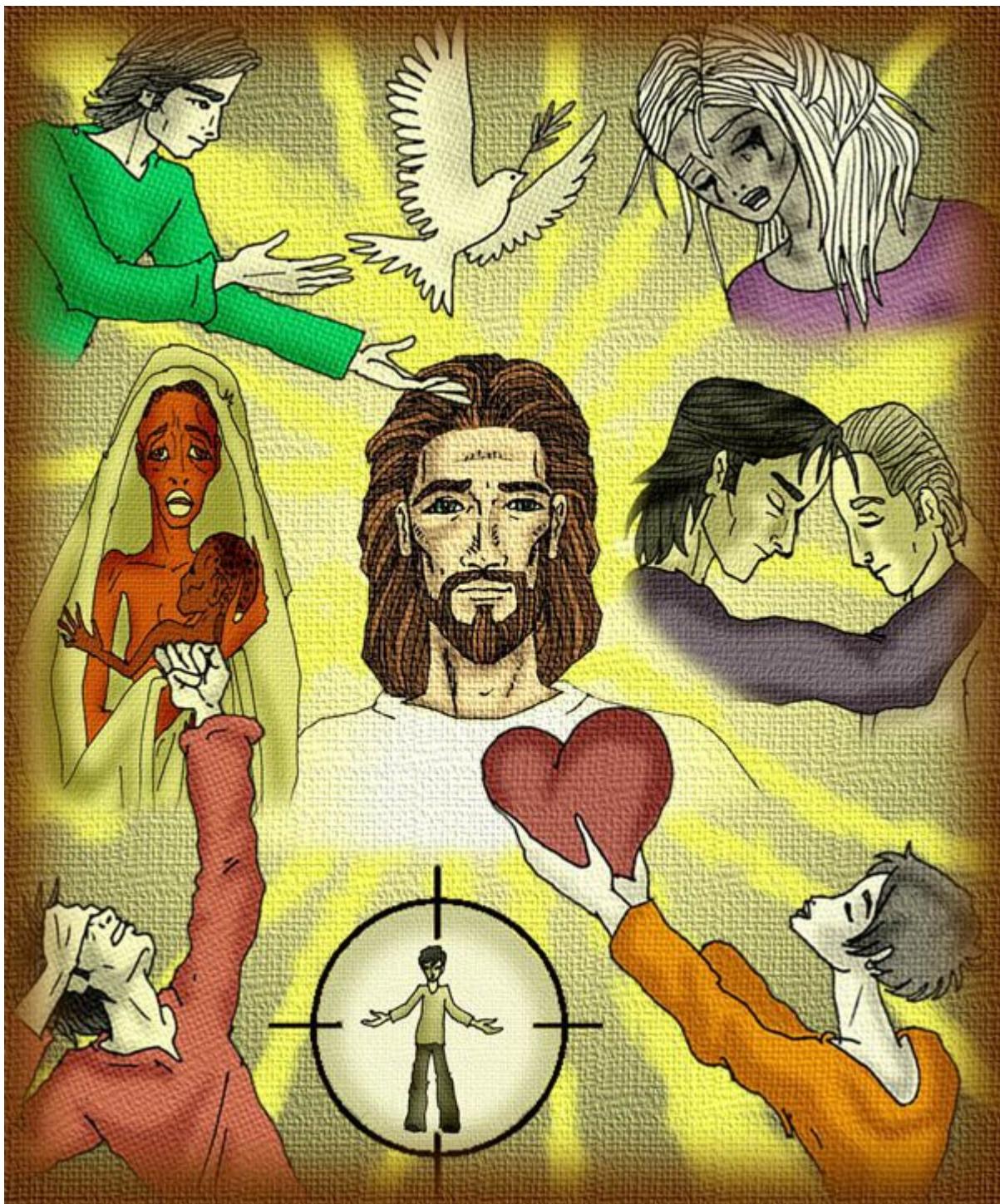
Y con ello llegamos al último acento que hoy podemos reflexionar: esta fiesta no pretende recordarnos la infinitud de santos para que sólo nos fijemos en ellos, como los árboles que no nos dejan ver el bosque, sino para que con ellos proclamemos y rendamos homenaje a Dios cantando: "La alabanza y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y el honor y el poder y la fuerza son de nuestro Dios, por los siglos de los siglos" Sólo Dios es el verdadero Santo, el tres veces Santo, fuente de toda santidad y por ello hoy es el día para recordar como su santidad llena de sentido nuestra oración y nuestra vida. Si somos hijos por Cristo de un Padre Santo, ¿no deberíamos nosotros también buscar ser como nuestro Padre?



Fr. Alejandro López Ribao O.P.
Convento San Vicente Ferrer (Valencia)

Evangelio para niños

Todos los Santos - 1 de noviembre de 2011



Las bienaventuranzas

Mateo 5, 1-12a

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió a la montaña, se sentó y se acercaron sus discípulos; y él se puso a hablar enseñándolos: - Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos. Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra. Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados. Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados. Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán "los hijos de Dios". Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos. Dichosos vosotros cuando os insulten, y os persigan, y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.

Explicación

En esta fiesta recordamos a todas las personas que desde el comienzo del mundo hasta hoy, han vivido con amor y cariño para todos, esforzándose por hacer felices a los demás. Esos son los amigos de Dios. Y le damos gracias a Dios en este día por todo el bien que a través de ellos hemos recibido. Ahora viven felices al lado de Dios Padre y nos esperan para reunirnos con ellos.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

LAS BIENAVVENTURANZAS - " Todos los Santos"

Niño: Maestro, mira cuánta gente ha venido a escucharte.

Niña: Quieren que les cuentes la Buena Noticia.

Niño: Seguro que tu mensaje es para ellos una novedad.

Niña: Y tú hablas muy, pero que muy claro.

Niño: Sí, tan claro, que algunos se tapan los oídos.

Niña: Y es que los mensajes de su mundo son diferentes, Maestro.

Niño: Se van a sorprender cuando digas quiénes son para ti los más dichosos.

Niña: ¡Es que tienes cosas, Jesús! Te gusta ir contra corriente.

Niño: Pero así es el reino que tú anuncias y al que nos invitas, ¡qué se le va a hacer.

Niña: Además... ¡un reino es un reino!

Niño: Y tu Reino no durará como los reinos de la tierra. Durará toda la eternidad.

Niña: Quizá merezca hacer un esfuerzo, abrir bien los oídos y escucharte.

Niño: Maestro, ponte aquí en el centro, y habla alto, Maestro; que nadie pueda decir que no te oyó.

Jesús: Dichosos los pobres en el espíritu,
porque de ellos es el reino de los Cielos.

Dichosos los sufridos,
porque ellos heredarán la tierra.

Dichosos los que lloran,
porque ellos serán consolados.

Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia,
porque ellos quedarán saciados.

Dichosos los misericordiosos,
porque ellos alazarán misericordia.

Dichosos los limpios de corazón,
porque ellos verán a Dios.

Dichosos los que trabajan por la paz,
porque ellos se llamarán "los hijos de Dios".

Dichosos los perseguidos por causa de la justicia,
porque de ellos es el reino de los Cielos.

Niño: Maestro, somos tus discípulos, te seguimos a todos lados.

Niña: ¿No tienes algún mensaje especial para nosotros?

Jesús: Dichosos vosotros cuando os insulten, y os persigan, y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos. Vuestro premio será grande en el cielo.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández